

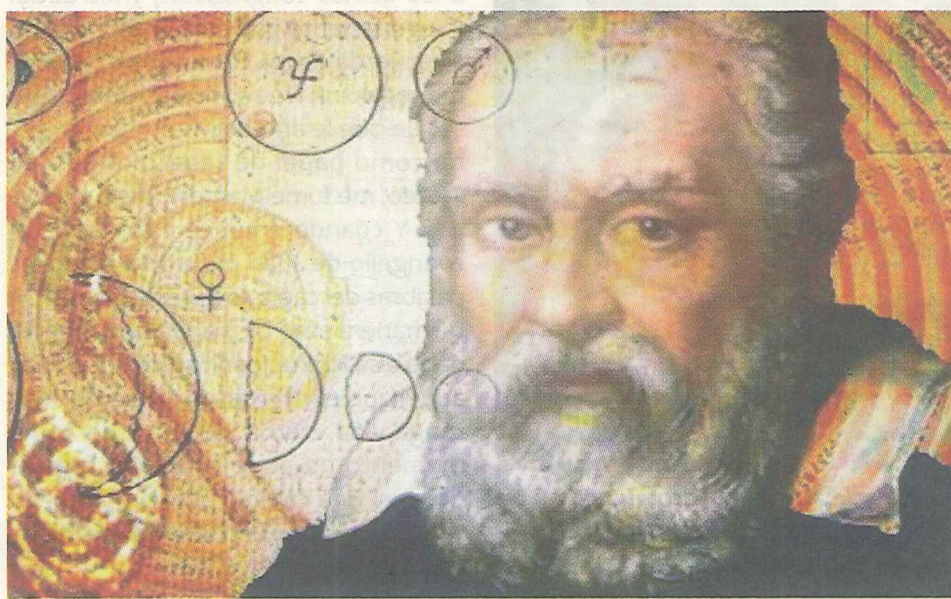


¿Concuerdan ciencia y cristianismo?

Los que hayan leído mi artículo en el último número de *Puerta Abierta* (mayo-junio de 2016) sobre la polémica que se desencadenó en el siglo XIX a raíz del descubrimiento de las pinturas de Altamira habrán visto que hacía una referencia al 'concordismo' de científicos cristianos como Vilanova. ¿A qué me refiero con concordismo?

El concordismo ha sido una forma muy popular entre los cristianos de todas las épocas para armonizar o conciliar 'ciencia' y 'cristianismo'. Se basa en una lógica sencilla y directa: si el Dios del que nos habla la Biblia es también el Dios creador y sustentador del universo, cuyas leyes naturales estudia la ciencia, entonces no debería haber conflicto o contradicción entre las enseñanzas de la Biblia y los descubrimientos de la ciencia.

No todos los cristianos han estado conformes con ese razonamiento. Algunos cristianos de la antigüedad criticaban la ciencia, como Tertuliano, quien se preguntaba qué tenía que ver Atenas con Jerusalén, es decir, la cultura griega con la cristiana. Él afirmaba que no necesitaba nada más fuera de su fe cristiana. En favor de Tertuliano, hay que reconocer que, aunque ahora podemos usar conceptos del siglo XXI para hablar de la 'religión' grecorromana o de la 'ciencia' grecorromana, tales distinciones son anacrónicas, porque en aquella época no se separaban los conocimientos en las diversas ramas del saber de la misma manera que ahora. Aristóteles, por ejemplo, hablaba de Dios en su obra, así como de ética, de política, de ciencia (incluyendo campos del conocimiento ahora tan diferentes como física, astronomía, biología, etc.), de lógica... Así que mucho del desprecio de los antiguos cristianos hacia el conocimiento (o la ciencia) grecorromano se debía más a un conflicto con la religión grecorromana que con la ciencia de los sabios de Alejandría. El desprecio de Tertuliano no era tanto hacia las matemáticas, la astronomía o la ingeniería romanas, sino hacia otras ideas que entraban en conflicto con su fe cristiana. Aunque películas como *Ágora* nos quieran ofrecer una visión 'moderna', 'sofisticada', 'progresista' o 'chic' del paganismo antiguo, la verdad es que se trataba de un galopante politeísmo lleno de las más absurdas y toscas supersticiones (magia, horóscopos, reliquias e imágenes milagrosas, etc.). En la propia Alejandría los sacerdotes de los templos paganos falsificaban milagros con sofisticadas máquinas de vapor que abrían puertas 'sin tocarlas' o imanes que hacían levitar las estatuas de los dioses, aunque eso no se vea en *Ágora*, y que los cristianos denunciaron y destruyeron.



No sorprende que fuera muy difícil para muchos cristianos distinguir entre los tesoros de la ciencia grecorromana y sus ropajes supersticiosos, porque muchas veces se encontraban que unas cosas y otras venían de las mismas fuentes. Por ejemplo, el mismo Ptolomeo, que escribió grandes tratados de astronomía y geografía, también produjo la obra clásica de astrología antigua: el *Tetrabiblos*. Sin embargo, muy pronto hubo cristianos con el suficiente conocimiento como para querer preservar lo que consideraban importantes logros culturales del mundo grecorromano y seguir cultivándolos en un contexto cristiano. Así que, con un razonamiento como el que describíamos al principio, Agustín de Hipona se propuso asumir todo lo posible del enfoque científico más extendido en su época: el platonismo, derivado del filósofo griego Platón (siglo V/IV a.C.). La síntesis agustiniana de Platón y Biblia pasó a ser el modelo dominante en el mundo Occidental durante la Edad Media hasta al menos los siglos XII-XIII.

Eso fue solamente el principio del concordismo. Según la 'ciencia' iba progresando con nuevos conocimientos, en el siglo XIII Tomás de Aquino renovó el concordismo con la recién recuperada ciencia de Aristóteles (el discípulo de Platón, siglo IV a.C.). Más tarde la Teología Natural del siglo XVII conciliaría la fe cristiana con la ciencia moderna, en particular con la física de Newton. Y así cada nuevo avance científico fue despertando el deseo de buscarle concordancia, paralelos o resonancias en los textos bíblicos. Por un lado, se pretendía 'estar al día' científicamente (frente a aquellos que pensaban y piensan que la teología es algo retrógrado y anclado en el pasado) y, por el otro, se intentaba alistar a la ciencia para la defensa o el apoyo del cristianismo.

¿Y qué problema tiene todo esto? Podría parecer hasta algo loable a primera vista, especialmente desde un punto de vista cristiano. Pero exami-

nando los detalles de la relación centenaria entre ciencia y cristianismo, podemos ver que este enfoque ha dejado innumerables 'cadáveres' a lo largo de la historia, y algunos muy notables, que han lastrado al cristianismo, y siguen haciéndolo. Tal vez el más famoso es el de Galileo Galilei.

Solamente su nombre trae a la mente imágenes de inquisición y persecución religiosas (como se puede ver en unas imágenes que pasan a gran velocidad por la pantalla en la reciente película *Si Dios Quiere*). La realidad es bastante más compleja. Lejos de pretender rechazar la ciencia, los clérigos que juzgaron a Galileo le condenaron tanto en nombre de la Biblia como de la ciencia. ¿Cómo fue posible? Pues simplemente porque no rechazaban la ciencia, sino que eran concordistas: querían unificar la Biblia con la mejor ciencia disponible. Y para ellos, la mejor ciencia disponible era -como lo había sido para todos durante varios siglos- la de Aristóteles, que, además, en el tema del movimiento de la tierra, coincidía con Platón y la aplastante mayoría de pensadores de la antigüedad. Todos estaban de acuerdo con la idea de una tierra inmóvil en el centro del universo.

Así, pues, fue la dependencia de los teólogos del Vaticano de la mejor ciencia conocida en la época, hasta el punto de que creían que la teología dependía inevitablemente de ella, lo que les cerró los ojos a la nueva ciencia que se abría paso. Prefirieron acallar al discollo Galileo, que además de proponer una nueva ciencia, defendía también otra forma de entender la Biblia y sus relaciones con la ciencia. Para Galileo, los temas científicos no debían debatirse con la Biblia, sino dejarse a la libre actividad de los científicos, sin limitaciones concordistas. Visto así, el conflicto entre Galileo y la Iglesia católica no fue tanto un conflicto ciencia y fe, sino un conflicto ciencia y ciencia en paralelo a un conflicto entre fe y fe. El de Galileo fue uno de los primeros grandes fracasos del concordismo

como modelo para entender las relaciones ciencia y fe. Sobre este tema, véase Ernan McMullin, *El Caso Galileo*, disponible en línea: <http://www.fliedner.es/media/modules/editor/cienciayfe/docs/faraday/FaradayPaper15Spanish-new.pdf>

Por desgracia, todavía quedan muchos cristianos que insisten en ese modelo, ligando la fe cristiana a cualquier novedad científica de última hora, sin darse cuenta de que la fe cristiana no puede atarse a la ciencia, ya estemos hablando de las teorías de la relatividad, cuántica, Big Bang, neurociencia o genética. Y esto no supone condenar o despreciar la ciencia. Todo lo contrario: los cristianos deberíamos estar trabajando en las fronteras del conocimiento, porque sí que creemos que Dios es el Creador del Universo (como explicaba en el artículo de marzo-abril de 2016). Pero debemos saber respetar las esferas de actividad y métodos de trabajo de cada disciplina del conocimiento, sin buscar alianzas apresuradas o atajos apologéticos que a la larga dejen al cristianismo en evidencia y lo desprestigien innecesariamente. En efecto, todos los concordismos han sido víctimas del progreso científico que los ha hecho estirarse más allá del punto de ruptura, con graves consecuencias negativas para el cristianismo.

Galileo mismo mostró ya esta preocupación poco antes de ser condenado por la Inquisición (mostrando de paso lo mucho que le interesaba el futuro de la fe cristiana, frente a aquellos que hacen de él poco menos que un enemigo del cristianismo):

"Cuando [...] hayan proclamado que decir que la tierra se mueve es herejía, si las demostraciones, las observaciones y las necesarias verificaciones demuestran que se mueve, ¿en qué dificultad se habrán puesto a sí mismos y habrán colocado a la Santa Iglesia?" (Galileo Galilei. *Carta a Elia Diodati*, 15 de enero de 1633).

Pablo de Felipe

Doctor en Químicas-Biología Molecular

Web: <http://www.cienciayfe.es>

Pablo de Felipe es profesor de ciencia y fe en la Facultad de Teología SEUT (Madrid) y director del Centro de Ciencia y Fe de dicha facultad. Doctor en Biología Molecular por la Universidad Autónoma de Madrid, ha trabajado en las aplicaciones médicas de la biotecnología, en particular para la terapia génica del cáncer. Es editor de la colección *Ciencia y Fe* de la editorial Fliedner Ediciones (www.fliedner.es).